

LAS CINCO MÁQUINAS SIMPLES

TODD McEWEN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS DE
ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



TÍTULO ORIGINAL: *The five simple machines*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Valderribas 12, 5º Centro-Derecha - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Todd McEwen, 2013
© de la traducción, Enrique Maldonado Roldán, 2014
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2014
© de la ilustración de cubierta, , 2014

ISBN: 978-84-15509-24-0
DEPÓSITO LEGAL: M-28261-2014

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: octubre de 2014

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

LAS CINCO MÁQUINAS SIMPLES

TODD McEWEN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS DE
ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



A las Champagne Girls

MÁQUINA: Cualquier mecanismo o aparato para la aplicación o modificación de fuerza con un objetivo concreto.

El término «máquinas simples» abarca las seis denominadas potencias mecánicas: palanca, cuña, rueda y eje, polea, tornillo y plano inclinado.

La máquina no aísla al hombre de los grandes problemas de la naturaleza, sino que lo arroja a ellos aún con más fuerza.

Saint-Exupéry.

PALANCA 15

RUEDA 55

TORNILLO 89

CUÑA 117

POLEA 139

PLANO INCLINADO 159

PALANCA

La presente es una obra de fricción, cualquier parecido de los personajes con individuos reales, vivos o muertos, es meramente mecánico.

El señor Botón sale a la luz

CONDICIONES DE RIGIDEZ Y FORTALEZA

Como en el caso de Arquímedes, no había punto donde apoyarse: yo era como esas estatuillas de madera que se compran en África, esos tipos pequeñitos con grandes poglias. Están siempre inclinados hacia atrás, con la poglia hacia arriba y moviendo los brazos como si estuvieran agradeciendo a la luna haberles dado esa empalmada de burro rebuznante.

La primera vez que tuve una de verdad, es decir, una competente, me descubrí dando vueltas a saltitos en el cuarto de baño, metiendo la poglia en el tubo de cartón vacío del papel higiénico y pensando que estaba loco: era un monstruo al que tendrían que pinchar un tranquilizante con un dardo, al que la policía tendría que capturar y destruir por el bien de la sociedad.

Supuse que la única forma en la que podría tener sexo con Francine, la niña a la que admiraba, sería con un pañuelo empapado en cloroformo en el aparcamiento de bicicletas. Por supuesto, ella se enamoraría de mí... después: no sería honesto si el amor no formara parte de aquello.

Estaban también Cecelia, Eleanor, Pauline... Me imaginaba que la poggia era lo suficientemente fuerte como para elevar a todas aquellas niñas, elevarlas a los cielos. La imaginé *elevando el colegio entero*, y posiblemente habría sido capaz, la *barra de acero de mi absoluta soledad*, que mientras intentaba erguirse orgullosa en mis pantalones, también parecía cornearme, más y más hondo. Creaba y proclamaba mi VACUIDAD al mundo, no mi nubilidad.

ENERGÍA REAL DE UN CUERPO CAMBIANTE

Debido a algún tipo de problemática ancestral, quizá porque mis antepasados bien: a) provenían de climas fríos (Holanda e Irlanda), o bien: b) cometieron crímenes terribles, los dioses diseñaron mi poggia con total insolencia, lo cual me ha causado un sinfín de dificultades y sufrimientos. Como si no tuvieran capacidad de previsión ni empatía alguna relativa a las terribles exigencias sociales del gimnasio, la piscina o las evaluaciones físicas del Ejército, los dioses me dieron una poggia totalmente operativa que, no obstante, con frecuencia *se refugia casi por completo en el interior de mi abdomen*. Quizá estaban haciendo alguna prueba conmigo: *oye, a ver si útil hacer que poggia esconda dentro como pelotas cuando frío*. Bueno, no es en absoluto útil. Pero ahí me dejaron.

El mecanismo que emplearon para conseguir esto fue un gigantesco abanico de temores. Estos habían sido almacenados en mis padres, que me los transmitieron con un gotero, una alimentación intravenosa de miedos, año tras año. Llegado el momento en el que la poggia obtuvo su gasolina y comenzó a funcionar de forma automática, yo tenía miedo de que la vieran, de que me vieran, a mí. Estaba muerto de miedo de existir y de que me percibieran... especialmente con una repentina e implacable empalmada.

En su sabiduría, los dioses me dieron la poggia de un modo único y enloquecedor. Imaginen que el pubis es un cierto tipo de punto de anclaje (A) como el que existe en las alas de un avión y en el que se instala la estructura del motor. Los dioses cogieron mi medrosa y retráctil poggia, que, la verdad sea dicha, es quizá ligeramente más larga que otras, y la pusieron en algo parecido al carrete de una manguera de bomberos (C), de tal modo que, al enrollarse hacia el interior de mi cuerpo, la punta (P), permanece apenas visible en el extremo del anclaje (A), que evita que desaparezca por completo en mi interior, y quizá para siempre, únicamente mediante un pasador invisible y posiblemente hasta imaginario en forma de seguro (S). El efecto del sistema en su conjunto es convertirme en el esclavo incómodo y mentalmente inestable de una protuberancia en mis pantalones cuando *esta no sucede por los motivos correctos*; y hacer que parezca, al verme desnudo, que solo tengo un *botón rosa* agazapado entre mi vello y nada medible por lo que me pueda evaluar el ojo masculino o femenino. Si bien debidamente proporcionado y musculado, tengo, hasta donde la mayoría que

no me ha tocado sabe, el *pipi Bernini*, y esto quizá me ha sacado de quicio.

Los pantalones nunca me han encajado bien y, desde una edad temprana, comprarlos ha sido toda una tortura. Estaba tan avergonzado de todo aquello que jamás quería comprarme pantalones nuevos, por lo que probarme unos se convirtió en una experiencia erotizada y siempre acababa con una empalmada a la que había que dar tiempo para que se relajara; debido al problema con el anclaje (A), los pantalones siguieron sin sentarme bien y los sastres, aunque quizá debería decir: el dueño de la TIENDA PARA NIÑOS, donde, para mayor vergüenza, aún compraba la ropa, no podía comprenderlo. Este no era un problema que se pudiera solucionar con la cinta métrica.

Y, por supuesto, los pantalones *viejos* se hicieron demasiado estrechos y la protuberancia todavía mayor. Pensaba que yo, un servidor, repugnaba a la gente por algo que *existía y a la vez no existía*. Incluso hoy me es imposible comprar pantalones. Tengo que pedir ayuda, algo que me avergüenza demasiado. Así que decidí dejarme crecer una gran panza que disimula todo el problema: presiona la cintura de los pantalones hacia abajo y logra que eso, y no otra cosa, parezca el origen del impredecible aspecto de mi entropierna.

Debate sobre cuestiones de la pogia con Cowznofski¹, uno de mis escasos amigos, en los primeros tiempos de la pogia: Se acercó

1 El apellido del personaje remite a un origen de Europa Oriental y, de forma simultánea, a los personajes de la revista satírica MAD, icono de los años sesenta y setenta, cuando alcanzó su máxima tirada.

un tanto avergonzado hasta mí en el patio del colegio y me dijo que el día anterior se había pillado la pogia entre el asiento y la taza del váter en casa, cuando intentaba colocarla para sentarse. Aunque le manifesté mis condolencias, en realidad yo estaba rabioso de celos por lo que acababa de escuchar. ¡Ojalá mi pogia fuera capaz de *desenrollarse* lo suficiente como para que pudiera quedar atrapada por el asiento del váter! En ese instante me preguntaba si estaría mal imaginar la longitud exacta de la pogia de Cowznofski. ¿El tipo *daba por sentado* que aquello podía sucederle a cualquiera?

Así que ahí estaba ese miedo a ser priápico en el momento exacto de la vida en el que uno debería, tenía que serlo.

CINÉTICA TRIDIMENSIONAL DE UN CUERPO RÍGIDO

Francine se sentaba justo delante de mí en Geometría, el nivel más alto de matemáticas que jamás logré alcanzar (creo que a ella le sucedió lo mismo). Sencillamente, me negué a seguir estudiando números después de aquella asignatura. Estaba agotado, si bien esto se debía fundamentalmente a las tensiones físicas que suponía estar sentado detrás de Francine. (Me amenazaron con terribles historias en las que acababa trabajando en supermercados, ninguna universidad del mundo me aceptaría jamás. Necesitaba la *trigonometría*, como mínimo exigible, para poderme considerar un *ser humano*... Pero perdieron. Fui a Harvard y me hice rico *sin matemáticas en el bachillerato*).